

THE MUNICH CONSPIRACY (1962):
A HISTORIOGRAPHIC APPRAISAL

El Contubernio de Múnich (1962): balance historiográfico

Diego Cameno Mayo
Universidad Complutense de Madrid
dcameno@ucm.es

Fecha recepción 03.12.2019 / Fecha aceptación 17.05.2020

Resumen

En junio de 1962 se celebró el IV Congreso del Movimiento Europeo en la ciudad de Múnich. Aprovechando la coyuntura, un grupo de españoles, opositores al régimen de Franco y llegados tanto del interior de España como del exilio, se reunió allí para debatir las condiciones que España debía cumplir para incorporarse a las nuevas instituciones europeas. El conocido como Contubernio de Múnich, nombre con el que le bautizaron los franquistas, ha sido abordado desde diferentes ópticas: de la política exterior del franquismo, las relaciones internacionales y la Guerra Fría cultural a la oposición democrática y su alternativa al régimen de Franco, siendo considerado, en ocasiones, antecedente

Abstract

In June 1962, the 4th Congress of the European Movement was held in the city of Munich. Grasping the opportunity thus presented, a group of Spanish opponents to Franco's regime attended from Spain and exile to discuss the conditions that Spain would have to meet to join the new European institutions. Baptised the Munich Conspiracy by Franco, this meeting has been studied from various perspectives, ranging from the Franco regime's foreign policy, through international relations and the Cultural Cold War, to democratic opposition and its alternative to the dictatorship, and has sometimes been considered the antecedent of the Transition. This article aims to gather all these pers-

de la Transición. Este artículo pretende recopilar todas esas perspectivas y ofrecer una visión conjunta de este importante acontecimiento de nuestra Historia.

Palabras clave

Contubernio, Múnich, Franco, Europa, Movimiento Europeo.

pectives and offer a synthesis of this important event in Spanish history.

Keywords

Conspiracy, Munich, Franco, Europe, European Movement.

1. Estado de la cuestión

El Contubernio de Múnich ha sido tratado por la historiografía desde múltiples ópticas. No es un episodio de nuestra Historia que goce de una monografía específica –salvo obras de recopilación de memorias de los personajes o escritos nacidos al calor de los actos de conmemoración–,¹ pero ha sido analizado por numerosos autores. En este artículo se agrupan las obras en función de su ámbito de estudio; por lo que el primer bloque corresponderá a aquellos libros, capítulos y artículos que lo analizan desde la política exterior de la España de Franco. Hay que reconocer que en los grandes manuales dedicados a este periodo y materia (como por ejemplo, manuales de política exterior u obras colectivas sobre el franquismo), el Contubernio es mencionado casi de pasada, sin centrarse especialmente en él.² Debido a ello, es obligatorio poner el foco en otras obras más específicas. De esta forma, ya que la reunión de Múnich está relacionada con la Comunidad Económica Europea, se hace necesario consultar el trabajo del profesor Antonio Moreno Juste, dedicado al estudio de las relaciones entre las nacientes instituciones europeas y la España franquista, especialmente en el lustro 1957-1962, años en los que, precisamente, se desarrollan los acontecimientos fundamentales de este texto.³ Además de estudiar la política europea en clave interna (con los objetivos fundamentales de la España de Franco, los problemas que la construcción europea le planteó al franquismo y las organizaciones e instituciones europeas que se crearon en nuestro país),

1. J. Satrústegui (dir.), *Cuando la Transición se hizo posible: El «Contubernio de Múnich»*, Madrid, 2013.

2. R. M^a. Pardo Sanz, “La etapa Castiella y el final del régimen, 1957-1975”, en J. Tusell Gómez (ed.), J. Avilés Farré (ed.), R. M^a. Pardo Sanz (ed.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, 2000; J.C. Pereira, “De «centinela de occidente» a la conspiración masónica-comunista. La política exterior del franquismo”, en A. Viñas (ed.), *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*, Barcelona, 2013; J.C. Pereira, (coord.), *La política exterior de España (1800-2010)*, Barcelona, 2010; B. De Riquer, “La dictadura de Franco”. Vol. 9, en J. Fontana (dir.) y R. Villares (dir.), *Historia de España*, Barcelona, 2010; A. Viñas, “La política exterior española en el franquismo”, *Cuenta y Razón*, 6, 1982, 61-76; F. Olivé, “Memoria e Historia: La política exterior de la España de Franco”, en *Del aislamiento a la apertura: La política exterior de España durante el franquismo. III Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*, Universidad de Burgos, 2004, 15-54.

3. A. Moreno Juste, *Franquismo y construcción europea*, Madrid, 1998.

Moreno Juste también analiza la visión que se tenía de la España de finales de los 50 en el continente europeo y sus conflictivas relaciones con ella.

Siguiendo la estela del profesor Moreno, se pueden encontrar los estudios de María Elena Cavallaro, de Julio Crespo MacLennan, de Jesús María Zaratiegui, de Víctor Fernández Soriano y de Carlos López Gómez.⁴ Estos autores, en especial Cavallaro y Crespo MacLennan, se aproximan al Contubernio –de forma más extensa– desde la óptica europeísta. Su objeto de análisis no se centra solo en España, más bien se trata de las relaciones entre los españoles y las instituciones europeas, desde el franquismo hasta la Transición. Decimos relaciones entre los españoles –y no entre España– porque abordan el estudio de las instituciones europeístas españolas y sus contactos con Europa, la España oficial, los opositores del interior y los del exilio, así como las relaciones entre ellos y sus trayectorias. De esta forma, trabajan el Contubernio de Múnich –a diferencia de otros autores que posteriormente se analizarán– con un objetivo claro: las relaciones con Europa y no tanto la política nacional o interior de España. Ponen el foco en las instituciones europeístas de la España oficial y de la oposición, (Asociación Española de Cooperación Europea –AECE–, Consejo Federal Español del Movimiento Europeo –CFEME– o el CEDI, Centro Europeo de Documentación e Información), pero tampoco desdeñan el estudio de los intelectuales, que a menudo se vieron inmersos en el europeísmo, aunque es cierto que su papel en estas obras es secundario.

Víctor Fernández Soriano también se detiene en las relaciones entre Europa y el franquismo pero dando mayor importancia a las instituciones europeas, es decir, su análisis parte de la siguiente pregunta: ¿cómo reaccionaron estas a los pasos que la España oficial dio para acercarse a Europa (como la Carta Castiella, por ejemplo)? Es interesante, porque analiza la situación existente en los países europeos, mostrando al lector cuál era la postura de la República Federal Alemana y Francia y por qué sus posturas chocaban con las de Bélgica, Italia o los Países Bajos. Muy similar es el enfoque de otro escrito de este mismo autor que, sin embargo, se centra más en la realidad española: los contactos socioeconómicos y culturales entre España y Europa, que fueron posibles gracias a la emigración o el turismo; las instituciones europeas españolas, de la oposición y de la España oficial; la ayuda europea a

4. M^a. E. Cavallaro, *Los orígenes de la integración de España en Europa. Desde el franquismo hasta los años de la Transición*, Madrid, 2009; J. Crespo MacLennan, “El europeísmo español en la época de Franco y su influencia en el proceso de democratización política”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 10, 1997, 349-367; J. Crespo MacLennan, *España en Europa. 1945-2000. Del ostracismo a la modernidad*, Madrid, 2004; V. Fernández Soriano, “Las Comunidades Europeas frente al franquismo: problemas políticos suscitados por la solicitud española de negociaciones de 1962”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32, 2010, 153-174; J. M^a. Zaratiegui, “El europeísmo como arma de oposición al franquismo (1956-1962)”, *Historia y Política*, 32, 2014, 217-239; J. M^a. Zaratiegui, *Una Europa para dos Españas. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963)*, Pamplona, 2010; C. López Gómez, *La sociedad española y la adhesión a la Comunidad Europea, (1975-1985): partidos políticos, asociaciones europeístas, interlocutores sociales*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

los opositores españoles (con especial mención a Robert van Schendel) y cómo, todo ello, desembocó en la reunión de Múnich.⁵

El trabajo de Zaratiegui mezcla, como los anteriores, el estudio de la España oficial, el de las instituciones europeas y el de los grupos europeístas opositores al franquismo. Cuenta la historia desde esos tres puntos de vista y se centra en los años 1956 (aunque hace una pequeña introducción que se remonta hasta la Segunda Posguerra Mundial) y 1962, cerrando con la reunión de Múnich y la represión que sufrieron aquellos que participaron en ella (aunque llega a tratar cuestiones relacionadas con los contactos España-Europa hasta el año 1964).

Aunque el grueso del trabajo de Carlos López Gómez se dedique al estudio de las relaciones entre nuestro país y la CEE (Comunidad Económica Europea) durante la transición a la democracia, el autor inicia su investigación tiempo atrás, analizando la postura europeísta de los partidos políticos y asociaciones vinculadas a Europa existentes durante la dictadura franquista.

Como se ha podido ver, las nacientes instituciones europeas jugaron un rol fundamental en esta historia. Debido a ello, dentro de este grupo, hay que mencionar la obra de Ricardo Martín de la Guardia,⁶ estudioso de la Unión Europea que, a través de una breve pero clarificadora obra, repasa las relaciones entre nuestro país y el continente europeo desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Martín de la Guardia dedica un capítulo de su obra a estudiar la postura oficial –con sus variaciones– del franquismo en relación a Europa, las discusiones entre católicos y falangistas, las asociaciones europeístas afectas al régimen y las desafectas, sin olvidar las creadas en el exterior (lugar en el que aparece mencionado el tema central de este trabajo), los logros obtenidos por la diplomacia franquista y la complicada situación que se vivió durante la agonía del régimen en los primeros años 70. Este autor coordinó una obra junto a Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Rosa Pardo Sanz, en la que se ofrece un estudio historiográfico que guarda relación con este tema. Se trata del trabajo de Luis Domínguez Castro, que puede servir de contextualización al Contubernio y ayudar a comprender las diferentes posturas europeístas existentes en nuestro país. Castro realiza un estado de la cuestión acerca de la integración europea y España desde varias ópticas.⁷ Comienza su trabajo con los aspectos que han sido estudiados en Europa acerca del proceso de integración, desde los años 50 (con el predominio de la historia de los intelectuales que hicieron posible dicho proceso, algo sencillo al poder entrevistar a los protagonistas), hasta la actualidad, analizando los diferentes enfoques, desde la hegemonía de la historia diplomática (bastante trabajada incluso a día de hoy) a la apertura de nuevas ramas de investigación como la historia social,

5. V. Fernández Soriano, “Sin democracia no hay Europa. La irrupción del problema español en los medios europeístas (1960-1962)”, en C. Blanco Sío-López (dir.) y S. Muñoz, *Converging pathways: Spain and the European integration process*, Berna, 2013.

6. R. Martín de la Guardia, *El Europeísmo. Un reto permanente para España*, Madrid, 2015.

7. L. Domínguez Castro, “Heredades labradas y algunos baldíos. España y la integración europea en la historiografía”, en L. Delgado Gómez-Escalonilla (coord.), R. Martín de la Guardia (coord.), R. Pardo Sanz (coord.): *La apertura internacional de España. Entre el franquismo y la democracia (1953-1986)*, Madrid, 2016.

económica, cultural o las biografías relacionadas con la construcción europea. Domínguez Castro analiza también la producción historiográfica española, comenzando por el estudio de las aproximaciones –en forma de antagonismos– de España a Europa, desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta su incorporación a la moneda única ya en el siglo XXI. De todos esos antagonismos, el más relevante, desde el punto de vista de este artículo, es el segundo, puesto que es el que enfrenta al europeísmo oficial franquista con el defendido por los opositores al régimen en la capital bávara.

El Congreso de Múnich ha sido estudiado, también, a través de la óptica de la oposición antifranquista. Entre estas obras destacan los estudios de Javier Tusell y, más recientemente, de Santos Juliá.⁸ Lo que realmente le interesa a este último es el movimiento de los políticos españoles, sin atender excesivamente a los actores externos, es decir, internacionales. Solo existen grupos políticos españoles que, unidos por el objetivo último de lograr la reconciliación nacional y la superación de la Guerra Civil, negocian, discuten, debaten, se excluyen, se rechazan y, finalmente, se alían; esto es así porque su objetivo está claro y es compartido por todos pero los matices –a priori insignificantes– difieren mucho dependiendo del grupo político. Aunque el libro recorra diferentes escenarios, se puede considerar un libro de Historia de España, entendido en clave nacional y política, en el que la injerencia exterior y todo aquello que no sean actividades políticas, ocupa un papel insignificante o nulo.

El Contubernio de Múnich se enmarca dentro de la Guerra Fría, y esto no pasa desapercibido para ningún autor. Concretamente, Jordi Amat y Olga Glondys se aproximan a la reunión de la capital bávara desde la perspectiva de la cultura, de los intelectuales, poetas, profesores universitarios, etc. y lo engloban dentro de la Guerra Fría cultural, en la que la presencia norteamericana se hace notar. Es cierto que no existen monográficos específicos sobre el Contubernio, aunque el trabajo que más se puede parecer a esto sea el de Jordi Amat.⁹ Este autor se detiene específicamente en la biografía de dos figuras de suma importancia para la oposición al franquismo (y para el Contubernio en particular) y con trayectorias similares (aunque uno pasando del falangismo a la democracia y el otro partiendo desde el POUM –Partido Obrero de Unificación Marxista– como Dionisio Ridruejo y Julián Gorkin, respectivamente). Jordi Amat estudia la vía política, la internacional, la económica y, especialmente, la cultural (con el Congreso por la Libertad de la Cultura –CLC– como protagonista) a la hora de abordar los contactos entre la oposición del interior y la del exilio que hicieron posible la reunión de Múnich. Aunque es cierto que Amat va más allá y continúa su análisis varios años más, pero sin llegar tan lejos como Santos Juliá. Años antes de publicar su libro, Amat ya había dado pistas de por dónde iría su trabajo al publicar escritos similares.¹⁰ De nuevo, su objeto de estudio es el Congreso por la Libertad de la Cultura y de los intelectuales

8. S. Juliá, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, 2017; J. Tusell, *La oposición democrática al franquismo*, Barcelona, 1977.

9. J. Amat, *La primavera de Múnich: esperanza y fracaso de una transición democrática*, Barcelona, 2016.

10. J. Amat, “Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y oposición antifranquista (1953-1966)”, *Historia y Política*, 21, 2009, 55-72.

antifranquistas; aunque si hay una autora que haya explorado más la vía de la historia intelectual y cultural de la oposición antifranquista esa es Olga Glondys.¹¹ Su estudio, en relación al Contubernio, está centrado en la Guerra Fría cultural y el análisis de la actuación de los intelectuales opositores al franquismo. En este punto, los EE.UU., entran en escena. Glondys, siguiendo la vía también explorada por Jordi Amat, se centra en las instituciones y organismos creados para luchar por la democracia y la libertad (con dinero norteamericano y la ayuda de la CIA) desde el campo de la intelectualidad y la cultura, tales como: El Congreso por la Libertad de la Cultura (1950-1967), la revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965), el Centro de Documentación y Estudios de París (1959-1966), el Comité Español del CLC (1959-1977), Comité d'Écrivains et d'Éditeurs pour une Entraide Européenne (CEEEE, 1957) o Foundation pour une Entraide Intellectuelle Européenne (FEIE, 1966, refundación de la anterior). Todos ellos jugaron un papel fundamental en la lucha contra el franquismo, y algunos de sus miembros, participaron en el Contubernio de Múnich o fueron beneficiarios de las ayudas que estos organismos ofrecieron.

Por último, en un tema como el Contubernio, las memorias y escritos de los protagonistas cobran especial relevancia (ya sean personales, ensayos, artículos periodísticos o epistolarios). En este punto, habría que subrayar la importancia de los libros que ellos escribieron. Entre los ejemplos más destacados pueden citarse: Fernando Álvarez de Miranda, José Vidal-Beneyto, Enrique Tierno Galván, Salvador de Madariaga, José María Gil Robles o Dionisio Ridruejo.¹² Mención aparte merece la obra dirigida por Joaquín Satrústegui,¹³ ya que se trata de una obra dividida en dos partes: la primera recopila las conferencias pronunciadas por muchos de los participantes de Múnich, en un acto de conmemoración de los 25 años del Contubernio. En esa parte del libro también se recogen los testimonios de distinguidos historiadores (que no asistieron al Congreso de Múnich pero que trabajaron sobre él) como Paul Preston o Javier Tusell. De esta manera, una misma obra recoge los testimonios directos de multitud de protagonistas y, además, añade la interpretación de expertos en la Historia Contemporánea de España. No obstante, tampoco hay que olvidar la segunda parte de la obra, de obligada consulta para todo investigador interesado en la reunión de Múnich. El

11. O. Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español: cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, 2012; O. Glondys, "El Congreso por la Libertad de la Cultura y su apoyo a la disidencia intelectual durante el franquismo", *Revista Complutense de Historia de América*, 41, 2015, 121-146.

12. F. Álvarez de Miranda, *Del «contubernio» al consenso*, Barcelona, 1985; J. Vidal-Beneyto, *Memoria democrática*, Tres Cantos, 2007; E. Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, 1981; S. De Madariaga, *Bosquejo de Europa*, Madrid, 2010; S. De Madariaga, *De la angustia a la libertad; Memorias de un federalista*, Madrid, 1977; J. M^a Gil Robles, *Pensamiento político, 1962-1969*, Madrid, 1970; J. M^a, Gil Robles, *Por un Estado de derecho*, Barcelona, 1969; D. Ridruejo, *Escrito en España*, Madrid, 1976; D. Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1976; J. Gracia (ed.), *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, Barcelona, 2007; D. Ridruejo, *Ecos de Múnich. Papeles políticos escritos en el exilio*, Barcelona, 2012; D. Ridruejo, *Cartas íntimas desde el exilio (1962-1964)*, Santander, 2012.

13. Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*

profesor Antonio Moreno realizó una completa recopilación de fuentes primarias relacionadas con este tema, hasta el punto de disponer –en un mismo libro– de todos los documentos fundamentales –procedentes de un gran número de archivos y hemerotecas– para realizar una sólida investigación, basada en fuentes primarias, sobre el Contubernio.

2. Antecedentes: el largo camino a Múnich

El temor al aislamiento y la necesidad de legitimación, llevaron a Franco a pensar en la vía europea como el mejor camino para evitar el ostracismo internacional. Este cambio en su mentalidad tuvo lugar en la década de los 50 y más concretamente a partir de 1957, con la entrada de los tecnócratas del Opus Dei –y sus medidas liberalizadoras en el ámbito económico– en el gobierno. De esta manera, se intentaba, de una vez por todas, borrar la identificación del régimen con el fascismo. Sin embargo, esta tímida apertura permitió que floreciesen en el interior de España una pléyade de instituciones europeístas que, si bien aún no ejercían como oposición frontal al régimen, sí se desviaban de la postura oficial franquista. El principal instrumento que emplearon en un primer momento fue la organización de seminarios y conferencias, así como la publicación de boletines con información relativa a los asuntos europeos. El público objetivo eran los universitarios, la «futura clase dirigente del país».¹⁴ El régimen, consciente de la importancia que Europa tenía para España, no reprimió duramente estas iniciativas, simplemente las vigiló de cerca. Los problemas llegaron cuando estos grupos europeístas empezaron a establecer contactos con los exiliados españoles. Las autoridades franquistas no podían tolerar la reunión entre vencedores y vencidos de la Guerra Civil, porque eso podía afectar a la estabilidad –e, incluso, a la pervivencia– del régimen. Estos recelos por parte de los franquistas tuvieron su reflejo a comienzos de la década de 1960, con la suspensión de la semana europeísta de Palma de Mallorca o la represión ejercida contra quienes asistieron al conocido como Contubernio de Múnich, que solo fue posible gracias al apoyo de organismos europeos e internacionales (incluida la CIA) y a la férrea voluntad de los demócratas españoles (tanto del interior como del exilio), dispuestos a restaurar la democracia en nuestro país por la vía pacífica.

2.1. La política europea del régimen franquista (1950-1962)

En la primavera de 1945 la Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin. Europa era, en palabras del *New York Times*, el «nuevo continente negro». Keith Lowe, huyendo de odiosas comparaciones raciales, prefería bautizarlo como un «continente salvaje».¹⁵ Dentro de nuestras fronteras, el general Franco se veía obligado a zafarse, por todos los medios posibles, de su «pecado original». Las potencias aliadas no sucumbieron a la amnesia y recordaban bien los

14. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 194.

15. K. Lowe, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 2016, 14.

acuerdos y contactos del Caudillo con la Alemania nazi y la Italia fascista, por no hablar de la ambigua postura que el régimen español mantuvo durante toda la contienda. De esta forma, los europeos no consintieron aceptar a España como un miembro más en las nuevas instituciones europeas, que vieron la luz a finales de la década de los 40. Por otro lado, los franquistas rechazaron, a su vez, los nuevos organismos europeos y se decantaron por la puesta en práctica de una política económica que acabó desembocado en la autarquía. Sin embargo, las autoridades franquistas se dieron cuenta rápidamente del error de su decisión (un tanto obligada) y comenzaron a tender lazos con el Vaticano –Concordato de 1953– y con EEUU –acuerdos de 1953, en un contexto de Guerra Fría, con Franco como destacado anticomunista–. Además de esto, el gobierno acabó rindiéndose ante la evidencia: Europa era un mercado que le ofrecía oportunidades económicas que no podían ser obviadas. No obstante, en un primer momento, Franco mostró su desinterés acerca del proceso de integración europea;¹⁶ tan solo algunos diplomáticos, intelectuales y opositores al régimen prestaron atención a lo que sucedía en el continente, aunque como es lógico, cada uno de ellos lo observaba desde su prisma particular; de esta manera, el significado que Europa tenía para unos difería bastante del que tenía para otros.

A comienzos de la década de 1950, el proyecto de unión europea empezaba a dar sus primeros pasos y este hecho no pasó inadvertido para los españoles. Por un lado, los opositores a Franco vieron en estas nuevas instituciones una oportunidad para acabar con la dictadura. Por otro, para los franquistas, era la ocasión de librarse del aislamiento internacional al que se habían visto sometidos desde mediados de la década anterior. El problema para Franco residía en la cuestión de la cesión de soberanía: integrarse en un sistema supranacional traería consigo, como es lógico, una transmisión de poder a las nuevas instituciones, algo que desagradaría a los sectores más nacionalistas. Debido a esto, Franco optó por una calculada ambigüedad respecto a lo que sucedía en el continente. Esta estrategia no frenó la aparición de nuevos grupos de intelectuales que expusieron sus visiones acerca de Europa. Estos acabaron divididos en dos grandes bloques (que, a su vez, constituían dos de las grandes familias políticas del régimen): los católicos y los falangistas. Mientras que los primeros observaban la construcción europea desde una perspectiva histórica en la que el cristianismo jugaba un papel fundamental en Europa; los falangistas evaluaban el posible coste político que tendría la integración económica. En un momento en el que los políticos y diplomáticos franquistas aún no habían establecido contacto con las instituciones europeas, estos intelectuales se convirtieron en el primer bastión europeísta –y nexos con Europa– del régimen. Franco se dio cuenta de esta ventana de oportunidad que se le abría

16. Según el profesor Antonio Moreno Juste era el propio Franco el que tomaba las decisiones en materia de política exterior –aunque escuchase consejos y recomendaciones de diversas instituciones, o políticos de su entorno, especialmente del almirante Luis Carrero Blanco–, el ministro de Asuntos Exteriores era un mero asesor y ejecutor. No obstante, Moreno Juste deja claro que «es difícil llegar a conclusiones definitivas sobre el *making decision process* de la política exterior del franquismo». Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 24 y 33.

y encargó a los católicos (a través de la sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores) la elaboración de un discurso europeísta español.¹⁷ Así nació el CEDI, plataforma creada en 1952 por Alfredo Sánchez Bella, que siempre se mantuvo cercano al régimen, llegando incluso a ser financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores (aunque eso se intentase ocultar debido al descrédito que tenían las instituciones del régimen en Europa). El CEDI se sustentaba en el catolicismo y anticomunismo, los dos pilares que se empleaban para tender puentes con los partidos católicos y conservadores de Europa. A causa de esta misión, el CEDI siempre contó con el apoyo del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín-Artajo, no así con el de su sucesor, Fernando María Castiella, que lo consideraba inútil y dejó de patrocinarlo, lo que supuso el inicio de su decadencia.¹⁸

A finales de la década de los 50, la consolidación e importancia del Mercado Común era ya una realidad. En el interior de España, Franco decidió remodelar su gobierno en 1957, reequilibrando de nuevo las fuerzas de las diferentes familias políticas que componían el régimen. En este nuevo ejecutivo empezó a cobrar fuerza la familia católica vinculada al Opus Dei. Sin embargo, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, (un catedrático de Derecho Internacional que ya tenía experiencia en los asuntos internacionales al haber trabajado como embajador de España en Perú y el Vaticano) cargaba a sus espaldas un pasado falangista que incluso le había llevado a participar en la División Azul.¹⁹

Los nuevos ministros eran más partidarios de las reformas, especialmente en el campo de la economía, ámbito que monopolizó la agenda de los políticos españoles de estos años.²⁰ El nuevo gobierno tuvo claro desde el principio que, para poner fin a los problemas económicos, era necesaria una apertura económica y esto pasaba por la integración en las instituciones europeas.²¹ Los primeros éxitos no tardaron en llegar: en 1958 España ingresaba en la OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico), Banco Mundial y FMI (Fondo Monetario Internacional). Además de esto, tan solo un año después, el gobierno ponía en marcha el exitoso Plan de Estabilización. Este plan fue posible gracias a las indicaciones que venían de fuera (OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), FMI y Banco Mundial), algo que no fue aceptado de buenas a primeras por un receloso Franco, que finalmente accedió, aunque exigió que el control del plan recayese en la figura de Luis Carrero Blanco, su fiel colaborador, quien limitaría el Plan y evitaría que este desbordase los límites que imponían las Leyes Fundamentales. El éxito de esta medida provocó que este gobierno gozase de una muy buena imagen, incluso en la historiografía, visión que Julio Crespo

17. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 52-54.

18. Crespo Maclennan, *España en Europa...* op. cit., 44-45. María Elena Cavallaro ofrece un breve pero interesante resumen sobre la actuación del CEDI. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 69-76.

19. Viñas y Rosa Pardo Sanz inciden en ese pasado de Castiella. Sin embargo, Olivé, que trabajó con él, olvida ese dato: Viñas, "La política...", op. cit., 70; Pardo Sanz, "La etapa Castiella...", op. cit., 343; Olivé, "Memoria e Historia...", op. cit., 36-37.

20. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 77-78.

21. Moreno Juste, *Franquismo...* op. cit., 107. Aunque los recelos sobre el proceso de construcción europea no desaparecerán, p. 110.

McLennan matiza.²² La hoja de ruta que se le presentaba a Castiella no era sencilla: tenía que buscar la vinculación de España a las nuevas instituciones económicas europeas pero, a la vez, debía mantener incólume el régimen político español.

El año 1957 trajo también cambios en Europa: en marzo se firmaron los Tratados de Roma, por los que nacía la Comunidad Económica Europea (CEE). Como consecuencia de este acontecimiento, el gobierno español se dividió. Por un lado, se encontraban los escépticos (Carrero Blanco, el propio Franco, que aunque formase parte de este grupo, públicamente se mostraba más favorable a la CEE, y el ministro sin cartera Pedro Gual Villalbí) que no apostaban por la unión de Europa y, por tanto, negaban la necesidad de abrir la economía al exterior. Por otro, se hallaban los ministros europeístas (Castiella, Ullastres, Navarro Rubio, López Rodó y José Solís).²³ Eso sí, el régimen miraba a Europa desde un prisma económico, nunca desde la perspectiva política. Para el gobierno, la liberalización era clave para mejorar y mantener en positivo la balanza económica española. Consciente de esto, el Ejecutivo decidió poner en marcha la Comisión Interministerial para el Estudio de las Comunidades Europeas y el EURATOM (CICE) en julio de 1957. Su objetivo era seguir de cerca los pasos que se iban dando en Europa tras la firma del Tratado de Roma y guiar al gobierno en el camino a tomar.²⁴

Tras la división inicial y el intercambio de opiniones, una idea fuerza empezaba a calar en el régimen: Europa era vital para los intereses económicos españoles y el sector agrícola en especial; por tanto, no podía quedarse fuera del mercado europeo. Esto, sin embargo, no logró decidir al receloso Caudillo, que se decantó por la espera hasta 1961, año en el que –por fin– Franco abandonaba sus reservas y tomaba la iniciativa en el continente. La pregunta que surgía entonces era ¿qué Europa... la EFTA o la CEE? El gobierno español acabó decidiéndose por esta última debido a tres cuestiones: en primer lugar, la petición de Gran Bretaña –junto al resto de países de la EFTA– de apertura de negociaciones con la CEE. En segundo lugar, los inconvenientes que podría tener para España quedarse fuera de la Política Agraria Común (PAC); y en tercer lugar, la posición de los EE.UU., a través del presidente Kennedy, que apoyaban a la CEE en el nuevo contexto internacional –nueva escalada de tensión– de la Guerra Fría.²⁵ No obstante, Franco no iba a cejar en su empeño y, en octubre de ese mismo año, dejó muy clara –por enésima vez– la postura del régimen en relación a Europa: España necesitaba integrarse en la CEE puesto que la economía así lo exigía pero se debía mantener,

22. Pereira, “De «centinela de occidente»...”, *op. cit.*; Martín de la Guardia, *El Europeísmo... op. cit.*, 292; Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 83-84; Crespo Maclennan, *España en Europa... op. cit.*, 38.

23. Crespo Maclennan, *España en Europa... op. cit.*, 60-62.

24. Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 153-154.

25. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 83-84; Crespo Maclennan, *España en Europa... op. cit.*, 87-88. Moreno Juste le dedica un apartado de su libro al estudio de la «disyuntiva EFTA-CEE (1959-1961)». Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 184-202.

a toda costa, la independencia política.²⁶ Dicho de otro modo, España seguiría siendo un Estado autoritario aunque se integrase en Europa.

El gobierno español movió ficha el 9 de febrero de 1962 a través de la Carta Castiella, que tan solo solicitaba la apertura de negociaciones y la «vinculación», no la adhesión.²⁷ Con esta fórmula se establecían contactos con la CEE pero no se hablaba de integración, algo que se dejaría para más adelante. La Carta Castiella fue enviada en el momento que se creyó más oportuno: por un lado, la entrada en vigor de la PAC estaba próxima y, por otro, los principales países (Gran Bretaña, Francia y Alemania) estaban regidos por gobiernos conservadores, menos hostiles al régimen de Franco.²⁸ En Europa la carta fue recibida con cierta sorpresa y asombro, puesto que era la primera vez que un país con un régimen no democrático solicitaba la vinculación a Europa.²⁹ El 6 de marzo, día en el que se reunió el Consejo de Ministros en Bruselas, se acordó responder a España y así se hizo, enviando al gobierno español un mero acuse de recibo.³⁰ Sin embargo, este rechazo por parte de las instituciones y de la opinión pública de los países europeos no se tradujo en una ruptura de las relaciones bilaterales con los diferentes Estados (especialmente Francia y Alemania). Hubo que esperar hasta 1964 para que las instituciones europeas respondieran a España, ofreciéndola «un simple acuerdo comercial».³¹ El gobierno se vio obligado a aceptar, temiendo que, si rechazaba esa opción o se arriesgaba a luchar por un acuerdo más sólido, España pudiese acabar aislada y humillada como en 1946.

2.2. La oposición europeísta (1948-1962)

Tras una década convulsa, en ocasiones decepcionante y para nada exenta de dificultades, los exiliados y opositores al régimen del general Franco, recibieron, por fin, buenas noticias. La causa de su felicidad había que buscarla en el corazón de Europa, en 1948. Ese año se fundó, en La Haya (Países Bajos), el Movimiento Europeo, institución que se negó a aceptar cualquier representación del régimen franquista aunque sí reconoció la creación de una delegación española. Así nació el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo (CFEME), presidido por Salvador de Madariaga, que había desempeñado labores diplomáticas de gran

26. Crespo Maclennan, *España en Europa... op. cit.*, 73. El temor del Caudillo era compartido entre los sectores más inmovilistas del franquismo. Europa podía facilitar el contacto entre grupos opositores al régimen y, además, la apertura económica podía acabar desembocando en una apertura política. De ahí esa decidida postura de Franco, que se resistió mucho a abandonar su idea inicial de no permitir jamás una liberalización política. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 91; y Pardo Sanz, “La etapa Castiella...”, *op. cit.*, 347.

27. Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 216. Las razones por las que se decidieron por esta fórmula (y los borradores que se redactaron hasta desembocar en el texto final) son explicadas por Moreno Juste: pp. 225-228.

28. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 83-84; Crespo Maclennan, Julio: *España en Europa... op. cit.*, 90.

29. Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 241.

30. Crespo Maclennan, *España en Europa... op. cit.*, 80 y Moreno Juste, *Franquismo... op. cit.*, 242.

31. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 95-97.

calado durante los años 30: había sido jefe de la delegación española de la Sociedad de Naciones y embajador durante la II República española en Washington y París, además de trabajar en distintas instituciones europeas tras la Segunda Guerra Mundial. El secretario general era Enric Adroher, conocido como «Gironella», antiguo militante del POUM y ligado al Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, donde también se encontraban Rodolfo Llopi, líder del Partido Socialista Obrero Español (PSOE); Manuel de Irujo, representante del nacionalismo vasco que había sido ministro durante la II República y Carlos Pi Suñer, del Movimiento Federalista Catalán.³²

En palabras del propio Madariaga, el CFEME pasaba a ser «el único organismo en que se hallaban representados todos los colores del arco iris español menos los totalitarios: comunistas y fascistas».³³ El CFEME, clave –junto al Movimiento Europeo– en la celebración de las reuniones de Múnich de 1962, empezó a trabajar, recién estrenada la década de los 50, transmitiendo lo que sucedía en España y haciendo notar su incompatibilidad con la idea de Europa que comenzaba a gestarse en el resto de países del continente. Además, este organismo se presentó ante el Consejo de Europa como el único que aglutinaba a todas las fuerzas democráticas españolas (incluidos los nacionalistas vascos y catalanes), al menos en el exilio, y presentó un programa basado, fundamentalmente, en la restauración de la democracia en España. La importancia de esta declaración fue tal que incluso el gobierno republicano en el exilio, con Félix Gordón Ordás a la cabeza, la reconoció y adoptó, en diciembre de 1954, aproximadamente un año después de su publicación.³⁴ Según María Elena Cavallaro, gracias al CFEME, Europa empezó a ser sinónimo de libertad y democracia y, por lo tanto, antónimo de franquismo. Si el europeísmo oficial se caracterizaba por una doble vertiente cristiana y anticomunista, el de la oposición se iba a centrar en un lugar común en todos los países de la nueva Europa que no se daba en España: la democracia. Su objetivo era demostrar que España no era Franco ni Franco España y, aunque deseaban la integración de su país, no aceptaban que un Estado totalitario o autoritario –como el franquista– pudiese tener cabida en las nuevas instituciones comunitarias. Su plan de acción se inició con una doble vía: por un lado, buscaron despertar las conciencias de los jóvenes estudiantes para que se opusiesen al régimen y mirasen a Europa y, por otro, intentaron socavar las relaciones que se empezaban a establecer entre los grupos cristianos españoles y los partidos democristianos europeos.³⁵

Su estrategia pareció dar sus frutos ya que, a mediados de la década de 1950, sucedieron cosas interesantes (al menos para los exiliados españoles) en la España interior. De todos los acontecimientos que tuvieron lugar en la España franquista hay uno que servirá de base para las futuras relaciones entre los opositores del exilio y los del interior: la revuelta estudiantil de febrero de 1956 en Madrid. Este acontecimiento mostró a la oposición que en España existía una generación (mayoritariamente compuesta por los hijos de los vencedores en la Guerra

32. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 154.

33. Citado por Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 187.

34. Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 194-195.

35. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 149-152.

Civil –pero no toda, porque también había hijos de vencidos–) que se rebelaba contra la opresión asfixiante del régimen establecido, que no se conformaba con la situación en que vivían los españoles y que deseaba poner fin, de una vez por todas, a la Guerra Civil.³⁶ Se empezaba a dejar de lado la responsabilidad, las causas, la intervención extranjera... la finalidad era clausurar de una vez por todas ese periodo tan negro de la Historia de España y luchar juntos para que no volviese a suceder algo parecido. Interior y exilio empezaban a marcar una hoja de ruta, una senda por la que podrían transitar unidos, dejando atrás viejos rencores y con un solo objetivo en sus mentes: restaurar la democracia en España.

Tampoco los comunistas serán ajenos a ese «despertar» de la oposición interior. A mediados de la década de 1950, el PCE (Partido Comunista de España), abandonó su política de creación de un Frente Nacional Antifranquista para adoptar el lenguaje de superación de la Guerra Civil y de la reconciliación entre españoles. El PCE hablaba para todos, desde monárquicos hasta anarquistas y, siguiendo los consejos de Stalin y las enseñanzas del Partido Comunista Italiano (PCI) (que colaboró con los democristianos de De Gasperi en el pasado), abogaba por el cambio pacífico (desechando definitivamente la acción armada) y por aprovechar la oportunidad que brindaban los opositores del interior (anteriores colaboradores de Franco) para así poder cambiar el sistema desde dentro, utilizando, cuando fuese posible, la propia legalidad franquista para desmontar el régimen y convertirlo, por fin, en una democracia.

El siguiente paso era establecer contacto con los grupos opositores del interior, algo que se vio dificultado, en este momento, por la misma exigencia que José María Gil Robles, el antiguo líder de la CEDA, le hizo al líder socialista Indalecio Prieto una década antes: los monárquicos solo aceptaban que el régimen que sustituyese a Franco fuese una Monarquía.³⁷ Los republicanos aceptaron el clausurar la Guerra Civil, la política de reconciliación nacional e incluso habían desechado la idea de restaurar la República (régimen que ellos consideraban como el único legítimo) proponiendo la celebración de un plebiscito para que, de esta forma, fuesen los españoles los que decidiesen si querían Monarquía o República. Para desencallar la situación, el profesor de la Universidad de Salamanca y promotor de la Asociación por la

36. Los hechos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid llevaron a la creación de grupos que luchaban por la democratización de España: Agrupación Socialista Universitaria, la Unión Demócrata Cristiana o Unión Española son algunos ejemplos. Y no hay que olvidar la vertiente europeísta, ya que, para todos estos grupos, Europa era sinónimo de democracia. Crespo Maclennan, “El europeísmo español...”, *op. cit.*, 354.

37. Indalecio Prieto y José María Gil Robles ya se habían entrevistado en la década anterior en varias ocasiones, destacando la reunión de Londres (octubre de 1947) y la de San Juan de Luz (agosto de 1948). L. Sainz Ortega, “Un episodio poco conocido de la emigración republicana española en Francia: el pacto de San Juan de Luz”, *Anales de Historia Contemporánea*, 15, 1999, 451-464; L.C. Hernando, “Buscando el compromiso: la negociación del Pacto de San Juan de Luz”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 18, 2006, 225-244.

Unidad Funcional de Europa,³⁸ Enrique Tierno Galván, redactó tres posibles situaciones que podrían darse en España: «primera, que la fórmula de gobierno fuera libremente elegida por el pueblo español, que sería la hipótesis más apta; segunda, que la forma de gobierno fuera traída sin previa ni posterior consulta al país; y tercera, que aunque impuesta *de facto*, la forma de gobierno fuera posteriormente legitimada por consulta».³⁹

Estos intentos por superar la división fueron compartidos por el CFEME. Los europeístas del exilio se dieron cuenta de que no lograrían ningún triunfo en Europa a no ser que se fundiesen con los europeístas opositores del interior. Estos se hallaban reunidos en torno a la AECE (Asociación Española de Cooperación Europea), creada en 1954. Rápidamente, esta institución se convirtió en el paraguas bajo el que se encontrarían todas las organizaciones europeístas del interior de España y, además, se erigió como el baluarte del europeísmo no oficial, puesto que se diferenciaba de este en dos cuestiones fundamentales: su defensa de la democracia y del federalismo. En los años 1956-1957 (coincidiendo con las revueltas estudiantiles y la reactivación de la oposición del exilio), la AECE comenzó a expandirse por España y también por Europa, llegando a reunirse con el Secretario General del Movimiento Europeo, Robert van Schendel y con representantes del CFEME como Enric Adroher «Gironella». La nota negativa es que esta situación le llevó a una competición con el CFEME por ocupar la plaza única de interlocutor español con el Movimiento Europeo. El CFEME no solo temía perder ese privilegiado puesto sino que, además, no confiaba totalmente en la AECE, al considerarla una organización que, por el hecho de actuar en el interior de España, estaba relacionada o unida al régimen franquista.⁴⁰ Estas suspicacias se superaron con el tiempo y, tras el fracaso –propiciado por los franquistas– de dos encuentros europeístas (uno en Mallorca en 1960 y otro en Bruselas en 1961) impulsados por españoles y auspiciados por altas personalidades de las instituciones europeas, ambas organizaciones acabaron estrechando sus manos en la capital bávara en junio de 1962.

2.3. Los intelectuales y la cultura en la oposición antifranquista

El Contubernio de Múnich también ha sido estudiado desde la vertiente intelectual y cultural, dentro de la denominada «Guerra Fría cultural».⁴¹ Tanto la AECE como el CFEME fueron ayudados en su labor por el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), una plataforma que, centrada más en las actividades intelectuales, también abanderó la causa antifranquista y europeísta (no en vano, en ella participaron, además de opositores del exilio (Julián Gorkin), algunos del interior (Dionisio Ridruejo y Mariá Manent) y destacados europeístas como Madariaga).

38. Asociación cuyos valores eran: «la defensa de la libertad, la democracia y el europeísmo» y su objetivo: la unificación de Europa». Crespo McLennan, *España en Europa... op. cit.*, 52.

39. Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 243.

40. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 168-169.

41. Glondys, *La guerra fría cultural... op. cit.*

El CLC fue creado en el contexto de la Guerra Fría, financiado y apoyado por la CIA, que buscaba la colaboración entre intelectuales antitotalitarios y europeístas. El caso español, con una dictadura alejada en extremo del comunismo, es peculiar, puesto que la oposición antifranquista estaba dividida entre grupos democristianos, monárquicos, socialdemócratas, socialistas y comunistas. Además, a comienzos de los 60, el comunismo se estaba convirtiendo en el abanderado de la lucha antifranquista, algo que preocupaba a los estadounidenses. Debido a ello, el CLC decidió poner en marcha una serie de iniciativas dirigidas a los grupos de oposición españoles no comunistas pensando siempre en beneficiar a los EE.UU. Esta maniobra, aunque dio un balón de oxígeno a los españoles (no comunistas) opositores al franquismo, –que se beneficiaron de ayudas económicas para viajar, para poder sustentarse en el exilio en París tras el Contubernio o como herramienta para publicar folletos y noticias en el interior de España–⁴² solo se mantuvo hasta la crisis de 1966 (año en el que se descubrieron sus conexiones con la CIA) que fue mortal para esta institución.

Una de las primeras resistencias a vencer era el recelo con el que se veía a los intelectuales residentes en España. Al principio, en la revista del CLC solo participaban escritores exiliados o hispanoamericanos, debido, precisamente, a esa desconfianza que se tenía de los escritores del interior de España. Esta situación empezó a cambiar en el año 1955 cuando Jerónimo Mallo escribió un texto destacando la presencia de ensayistas muy válidos que vivían en España (Ridruejo, Julián Marías, José Luis López Aranguren o Pedro Laín Entralgo, entre otros). En esa dirección apuntaba también la reunión de intelectuales celebrada en Francia en 1959: «Recontre de Lourmarin», auspiciada por el CLC y coordinada por una figura destacada dentro de esta institución: Pierre Emmanuel. El objetivo de este encuentro era debatir acerca del camino que debía tomar una futura Europa unida. Esta temática resultará clave para los intelectuales españoles, ya que, en ese momento, el europeísmo se estaba convirtiendo el principal nexo entre los opositores antifranquistas del interior y del exilio. A Lourmarin acudieron españoles como Laín, Aranguren, Julián Marías, Camilo José Cela, José Luis Cano y José María Castellet (tanto Ridruejo, por su delicada situación dentro de España, con libertad precaria, como Lorenzo Gomis fueron invitados pero no pudieron acudir).⁴³ La importancia de este encuentro se pondría de relieve un año más tarde, con la fundación de una delegación española del CLC (el Comité Español), algo que no se habría conseguido sin la participación en Lourmarin. La creación de la rama española del CLC (financiada en gran medida por la Fundación Ford) responde, en opinión de Olga Glondys, a un objetivo concreto: acabar con la influencia –cada vez mayor– del PCE en la oposición antifranquista española.⁴⁴ La política del CLC en España siguió siempre ese objetivo: buscar la reconciliación nacional, siendo necesaria la interacción y acción conjunta de todos los grupos de la oposición pero arrinconando siempre a los comunistas.

42. Glondys, “El Congreso...”, *op. cit.*, 129-130.

43. Amat, “Europeísmo, Congreso...”, *op. cit.*, 60-61; Glondys, “El Congreso...”, *op. cit.*, 126-127.

44. Glondys, “El Congreso ...”, *op. cit.*, 128.

Así, a comienzos de la década de 1960, el CLC comenzó a publicar en España su Boletín Informativo (al frente del cual se situaba Gorkin). Este perseguía una triple finalidad: dar a conocer datos e informaciones ocultadas a la opinión pública por parte del régimen, difundir el espíritu europeísta y establecer relaciones entre aquellos intelectuales españoles con ansias de libertad y con conciencia democrática, a la vez que los introducían en el ámbito europeo, donde entraban en contacto con intelectuales de todo el mundo. De esta forma, se puede afirmar que el Comité Español del CLC jugó un importante papel en la formación de una oposición al franquismo unificada y con carácter abierto al exterior de nuestras fronteras, un paso fundamental a la hora de unir a la oposición a la dictadura con el europeísmo.

3. El IV Congreso del Movimiento Europeo en Múnich (4-8 de junio de 1962)

Tras los citados fracasos de Mallorca y Bruselas, una nueva oportunidad apareció en el horizonte: la primera semana de junio de 1962 se celebraría, en el seno del Movimiento Europeo, un congreso en la ciudad alemana de Múnich. El propósito del encuentro era debatir acerca de la democratización de las instituciones europeas. Los españoles se reunirían dos días antes y tratarían de responder a una pregunta fundamental para ellos: ¿qué requisitos debería cumplir España para poder integrarse en Europa? Más de un centenar de españoles se darían cita en Múnich «para discutir, al menos en teoría, problemas relativos a una eventual integración de su país en Europa».⁴⁵

La gran mayoría de ellos (80) procedían del interior de España mientras que los 38 restantes lo hacían desde el exilio.⁴⁶ Entre las tendencias políticas representadas se hallaban democristianos, monárquicos, socialdemócratas, sindicalistas católicos, liberales, republicanos, nacionalistas vascos y catalanes. Sin embargo, para Vidal-Beneyto, los españoles que acudieron a Múnich representaban, en última instancia, a la derecha y a la izquierda históricas, bien ejemplificadas con Gil Robles (democristiano) por parte de la derecha histórica y Rodolfo Llopió (socialista), baluarte de la izquierda histórica.⁴⁷

Tras la llegada a Alemania, los primeros momentos quedarán marcados por la suspicacia y el recelo, como cuenta Francisco Farreras, asistente a Múnich. Farreras relata, a modo de anécdota, cómo los grupos del interior y del exilio se mostraron reticentes a encontrarse cara a cara, a «darse la mano» incluso. Unos pensaban que era una encerrona, otros que no

45. Cavallaro, *Los orígenes... op. cit.*, 201.

46. La razón que explica esta descompensación en el número la explica Vidal-Beneyto: Franco podía desacreditar la reunión afirmando que «unos cuantos europeístas españoles han salido fuera y se han dejado maniobrar por el exilio porque son sólo unos pocos». Este es el motivo por el que a Múnich acudieron el doble de representantes del interior que del exilio, una fórmula ideada por «Gironella», con la que quería demostrar que la iniciativa la tenían los opositores del interior, que no estaban influenciados ni manejados por el exilio. Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*, 61. La lista de los que acudieron a Múnich en Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*, 179-180.

47. Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*, 44.

debían saludar a personas que «tenían las manos manchadas de sangre». ⁴⁸ A la desconfianza, Alfonso Prieto, suma el desconocimiento, al afirmar que no hubo una idea generalizada de porqué se iba a Múnich: uno de ellos confesaba ir a Múnich a «conspirar contra el gobierno de Franco» mientras que otro decía esperar «una medalla» por parte del régimen a causa de su participación en el Congreso Europeo. ⁴⁹ Fue en esa coyuntura cuando emergió una figura fundamental: el Secretario General del Movimiento Europeo, Robert van Schendel. Su ayuda fue fundamental para que la iniciativa terminase en éxito. No solo fue quien invitó a todos los representantes españoles sino que también actuó como árbitro y moderador, limando asperezas entre los opositores exiliados y los del interior. ⁵⁰ El importante papel que desempeñó van Schendel en Múnich se empezó a poner de relieve el mismo día 4 de junio. Ese día tuvo que organizar una cena a la que asistieron representantes de ambos grupos (Salvador de Madariaga, José María Gil Robles y Enric Adroher «Gironella»). El objetivo de la reunión era organizar la forma en que trabajarían durante las 48 horas siguientes. Gil Robles se negaba a mezclar en un mismo grupo a exiliados y españoles del interior, opinión que no todos los españoles compartían. ⁵¹ La insistencia de Gil Robles en formar dos asambleas diferenciadas se explica por la actuación de varios miembros de la AECE antes de salir de España: tanto Joaquín Satrústegui como Ricardo Miralles y el propio Gil Robles, no tuvieron reparos en informar al régimen de sus planes. De esta manera, pusieron en conocimiento del ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, del cardenal Enrique Pla y Deniel, del ministro del Interior, general Camilo Alonso Vega y del general Agustín Muñoz Grandes, su voluntad de asistir a la reunión de Múnich. Del mismo modo, Gil Robles hizo lo propio con el subsecretario de la Presidencia, almirante Luis Carrero Blanco, al que, además, envió una nota con el discurso y la resolución que pensaba presentar en Múnich. ⁵²

Finalmente, se decidió crear dos comisiones, una Comisión A, presidida por Gil Robles y una Comisión B, liderada por Madariaga. Aunque estaba pensado de tal forma que los españoles del interior debatiesen y redactasen su resolución en la Comisión A, siguiendo un modelo que ya había sido presentado por la AECE, mientras que la Comisión B fuese exclusiva de los exiliados donde debatirían la propuesta del CFEME, la realidad se impuso, ya que los exiliados sentían curiosidad por las propuestas de la Comisión A y viceversa, por lo que ambos grupos acabaron difuminándose aunque no fundiéndose en una sola. ⁵³ No lo

48. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 58.

49. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 81.

50. Como recuerda Álvarez de Miranda, aunque en 1962 el Movimiento Europeo estaba presidido por Maurice Faure, fue su secretario general, Robert van Schendel, quien envió las invitaciones a los delegados españoles para la reunión de Múnich. Álvarez de Miranda, *Del «contubernio»...* op. cit., 30.

51. Como por ejemplo Antonio de Senillosa, que mostró su irritación al conocer la propuesta de dividir a los asistentes en dos comisiones separadas. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 71.

52. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 202; Crespo Maclennan, *España en Europa...* op. cit., 81; Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 12.

53. Para «Gironella», las reuniones, pese a estar separadas en dos comisiones, fueron cordiales y la buena sintonía reinó en todo momento. Se aceptó que las comisiones no fuesen cerradas ni exclusivas, es decir,

hicieron porque, si bien las resoluciones eran sorprendentemente semejantes, diferían en dos puntos clave: la forma de Estado (entendiendo los exiliados que los españoles debían elegir democráticamente el régimen que quisiesen darse, es decir, convocar un plebiscito entre Monarquía y República) y su estructura (esto es, cómo solucionar el tradicional problema de los nacionalismos periféricos y su petición de autonomía y reconocimiento, algo «olvidado» por los del interior pero que el CFEME, al contar con los nacionalistas vascos y catalanes sí había tenido en cuenta).⁵⁴ Cuando el día 5 de junio se empezó a debatir acerca de las resoluciones, surgió el primer encontronazo entre los nacionalistas y Gil Robles, que no aceptaba de ninguna manera que Valencia y las Islas Baleares formaran parte de la «nacionalidad catalana» y rechazaba de pleno, amenazando incluso con marcharse, incluir el término «nación» para definir a Cataluña, Euskadi y Galicia.⁵⁵ El pleito se zanjó gracias a la terminología incluida en la resolución del CFEME, que no hablaba de nacionalidades sino de «comunidades naturales», términos incluidos por Salvador de Madariaga que parecieron solucionar el problema.⁵⁶

El otro tema de disputa (la cuestión de Monarquía o República) no se incluyó en las resoluciones de Múnich, por lo tanto, no se convirtió en un obstáculo para que los dos grupos aprobasen por unanimidad un texto común:

Instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas, que garanticen que el gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados [...], garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con la supresión de la censura. Se reconocía después la personalidad de las distintas comunidades naturales [...], se reclamaba el ejercicio de las libertades sindicales y la posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos.⁵⁷

Una vez que la resolución había sido aceptada por la totalidad de los opositores, solo quedaba esperar a que el Congreso del Movimiento Europeo diese comienzo y poder presentar allí –junto con los discursos de Gil Robles y Madariaga– el texto elaborado conjuntamente por los españoles. No obstante, los demócratas españoles no iban a perder el tiempo en Múnich. La tarde del 6 de junio, el catalán Víctor Hurtado propuso a Joaquín Satrústegui exponer el programa de Unión Española a un grupo de exiliados que tenían interés en conocer el porqué los españoles del interior defendían la causa monárquica como vía hacia la democracia. Satrústegui aceptó, celebrándose una reunión a la que acudieron republicanos,

que los miembros del exilio que lo desearan pudiesen acudir a la comisión del interior y viceversa, algo que acrecentó el favorable clima que se vivió en Múnich. Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*, 62.

54. Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 285-286.

55. La discusión por incluir dicho término no era nueva; incluso en la II República, los redactores del Estatuto catalán decidieron emplear la palabra «pueblo» antes que el término «nación» (aunque era de uso común entre los nacionalistas catalanes). A. Egido León (ed.), *Memoria de la Segunda República*, Madrid, 2006, 276. La reacción de Gil Robles en Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 289.

56. Juliá, *Transición. Historia de... op. cit.*, 288-289.

57. El texto completo de la resolución en Satrústegui, *Cuando la Transición... op. cit.*, 180.

socialistas, nacionalistas, miembros del CFEME y del Congreso por la Libertad de la Cultura. Allí expuso su pensamiento y el de su partido.⁵⁸ La tesis de Satrústegui consistía en la necesidad de los españoles de acabar con la Guerra Civil y adherirse a Europa. Según él, la República estaba ligada a la Guerra Civil, por lo que la Monarquía era la única salida para España. Reconoció que Don Juan de Borbón quiso combatir en el bando de Franco, pero este se lo impidió; por lo que no tenía relación alguna con la contienda. En definitiva, Satrústegui pensaba que una consulta a los españoles sobre el régimen que quisiesen darse reabriría las heridas de la Guerra Civil, por lo que desechaba esta opción. Ridruejo apoyó esta visión, Madariaga se mostró ambiguo y Rodolfo Llopió no quiso comentar nada por no tener autorización de su partido, aunque varios socialistas y nacionalistas vascos (entre lo que no se encontraba Manuel de Irujo, partidario del plebiscito Monarquía-República) sí mostraron su simpatía hacia la visión del líder monárquico.⁵⁹ La exposición del líder monárquico no cayó en saco roto puesto que esa misma noche, el secretario general del PSOE, Rodolfo Llopió, se reunió con Satrústegui y reconoció la coherencia de su posición y, aunque dejaba claro que el PSOE estaba comprometido con la fórmula republicana, se mostró favorable a la Monarquía siempre y cuando esta facilitase el camino hacia la democracia: «Ahora bien, quiero que el Conde de Barcelona sepa que, si la Corona, de hecho, facilita el tránsito pacífico a la democracia, el PSOE, a partir de ese documento, respaldará a la Corona».⁶⁰ El PSOE ponía por delante la democracia a la República, allanando mucho el camino para el consenso entre los opositores del interior y del exilio.

Finalmente –y pese a los intentos del régimen–,⁶¹ la resolución española fue presentada el 8 de junio de 1962 ante los representantes de toda Europa, que aclamaron y aprobaron el texto elaborado por los opositores demócratas y europeístas españoles.

A todo esto hay que añadir algunas notas discordantes en relación al mito de la unidad y fraternidad de Múnich, siendo la fundamental la exclusión de los comunistas. El PCE no fue invitado a participar en el Contubernio de Múnich (aunque envió a dos observadores: Tomás García (alias: Juan Gómez) y Francesc Vicens, que, claro está, no pudieron tomar parte en el debate ni votar). La razón no solo estaba relacionada con el contexto de Guerra

58. El discurso de Satrústegui fue transcrito por Antonio Moreno en Satrústegui, *Cuando la Transición...* *op. cit.*, 181-188.

59. Juliá, *Transición. Historia de...* *op. cit.*, 292-293; Satrústegui, *Cuando la Transición...* *op. cit.*, 89-90.

60. Juliá, *Transición. Historia de...* *op. cit.*, 14. Cavallaro y Crespo MacLennan también se hicieron eco de esa reunión entre Llopió y Satrústegui: Cavallaro, *Los orígenes...* *op. cit.*, 212; Crespo MacLennan, *España en Europa...* *op. cit.*, 84.

61. Franco no negó la asistencia a ningún miembro pero vigiló de cerca lo que se desarrollaba en la capital bávara en los primeros días de junio de 1962. El Gobierno, a través del marqués de Valdeiglesias llegó, incluso, a pedir que no se tuviera en cuenta la resolución presentada por los españoles, cosa que no logró. Tras este intento fallido buscó, a través del embajador en Bonn, la intermediación de la cancillería alemana para que coaccionara al Movimiento Europeo con el fin último de que la resolución española no fuese aprobada ni difundida. Tampoco tuvo éxito. Cavallaro, *Los orígenes...* *op. cit.*, 207; Crespo MacLennan, *España en Europa...* *op. cit.*, 84.

Fría que se vivía en 1962, sino también en la actitud de los propios comunistas, enemigos declarados de la nueva Europa, a la que rechazaban y a la que no se habían incorporado.⁶² Esta es una de las razones –aunque no la única– por las que el PCE no fue invitado a participar en el Congreso de Múnich en junio de 1962.⁶³ No obstante, el 13 de junio de 1962, el Comité Ejecutivo del PCE hizo una declaración en la que se adhería firmemente a lo acordado en Múnich, adoptaba y apoyaba las resoluciones nacidas del encuentro de los opositores en la capital bávara y se unía a las fuerzas opositoras (de izquierda y derecha) al franquismo.⁶⁴

A este rechazo a los comunistas españoles habría que sumar otras complicaciones que hubo que superar y que parecen ser olvidadas por aquellos y aquellas que tan solo ven la reunión de Múnich como antecedente de la Transición, siguiendo una especie de relato canónico en el que este encuentro sería el camino o precedente que llevaría sin remedio a nuestra actual democracia. No solo los títulos de obras citadas en este trabajo enfatizan esa idea, sino que políticos actuales de partidos tan alejados entre sí como PP y PSOE, se empeñan en mantener ese relato acerca del Contubernio.⁶⁵ Sería necesario recordar, no solo la exclusión de los comunistas, sino las palabras de participantes como Francisco Ferreras o Alfonso Prieto,⁶⁶ acerca de los recelos existentes entre uno y otro grupo, el desconocimiento con que acudían a la capital bávara, la petición de Gil Robles (quien, por cierto, estuvo a punto de abandonar la reunión),⁶⁷ de celebrar dos asambleas separadas, el importante papel que jugó Van Schendel como mediador, el abandono de Ignacio Fernández de Castro, líder del FLP (Frente de Li-

62. Juliá, *Transición. Historia de...* *op. cit.*, 288.

63. C. López Gómez, “Comunismo y europeísmo: el PCE ante la adhesión de España a la Comunidad Económica Europea”, en R. Quirosa-Cheyrrouze; L. C. Navarro Pérez; M. Fernández Amador (coords.), *Las organizaciones políticas*, Almería, 2011, 585. Su ausencia en la reunión estaba más que justificada para van Schendel. El PCE era un partido contrario al Movimiento Europeo Internacional, no es que no estuviese presente en él, es que estaba en contra. Aun así piensa que Múnich hizo recapacitar a los comunistas y ayudó en su cambio de postura. Satrústegui, *Cuando la Transición...* *op. cit.*, 50. El anticomunismo de las fuerzas opositoras presentes en Múnich y el rechazo del PCE al proyecto de la CEE también son las razones que Cavallaro y Crespo MacLennan esgrimen para explicar la ausencia comunista en Múnich: Cavallaro, *Los orígenes...* *op. cit.*, 220-222; Crespo MacLennan, *España en Europa...* *op. cit.*, 82-83. Gregorio Morán apunta en una dirección similar: la reunión de Múnich fue posible gracias a la ayuda de «conocidos conservadores europeos» y a la financiación procedente de EE.UU. a través de la CIA y el CLC, con el anticomunista Julián Gorkin como «intermediario y suministrador de los fondos norteamericanos». De esta forma, según este autor, no resulta complicado entender por qué no se invitó a los comunistas. G. Morán, *El cura y los mandarines. (Historia no oficial del Bosque de los Letrados): cultura y política en España, 1962-1996*, Madrid, 2014, 71-73.

64. Satrústegui, *Cuando la Transición...* *op. cit.*, 64.

65. Véanse las palabras del ex-ministro del PP, José Manuel García-Margallo, o de la que fuera Vicesecretaria General del PSOE, Elena Valenciano: Casa de América, “Inauguración de las jornadas Múnich 1962. El “Contubernio” de la concordia”. En línea en https://www.youtube.com/watch?v=SNM_rf0_gSc [Consulta: 20.05.2020].

66. Ya citadas en este trabajo. Véase nota 49.

67. Cavallaro, María Elena: *Los orígenes...* *op. cit.*, 219.

beración Popular)⁶⁸ que no aceptó los postulados acordados, las pugnas entre socialistas del interior y del exilio,⁶⁹ o las discrepancias entre los republicanos exiliados, entre otras.⁷⁰

Pese a todo, Múnich significó la culminación de los contactos entre las fuerzas opositoras del interior y del exilio. Fue un éxito porque todos ellos se unieron y lograron inquietar al gobierno de Franco, que reaccionó con multas, destierros y represión, valiéndose de la prensa para descalificar e insultar a quienes habían acudido a Múnich, azuzando a la opinión pública para inocular el odio a los demócratas y el apoyo a las medidas represivas.⁷¹ Para Antonio Truyol, asistente al evento, Múnich tuvo importancia también para las instituciones europeas, ya que mostró las consecuencias que tendría para ellas aceptar a un régimen que no era plenamente democrático.⁷² En opinión del republicano Javier Flores, lo importante de Múnich fue la «voluntad de entendernos», de ahí que la resolución fuese aclamada y aprobada por unanimidad. Los republicanos no podían aceptar las propuestas de los monárquicos y viceversa, pero esa voluntad hizo posible que, gracias en parte a la pericia de Madariaga, ambos grupos dejaran a un lado las diferencias y reforzaran lo que les unía.⁷³ Según el nacionalista vasco Ibón Navascués, su presencia en la capital bávara se explicaba por una razón: demostrar ante la opinión pública y política internacional «que la legitimidad de los pueblos de España frente a Europa no la tenía la dictadura». ⁷⁴ En opinión de Navascués esto fue lo que asustó al régimen, esta reunión de españoles que mostraban ante el Movimiento Europeo que la representación española en Europa no la ejercía el gobierno franquista sino los españoles demócratas. Esta sensación la reforzó con la reacción del régimen, con su campaña de prensa y con las duras palabras que dirigió a los asistentes al Contubernio de Múnich. Es interesante esta visión porque deja en un segundo plano la reunión entre opositores del interior y del exilio («relaciones que en algunos casos ya existían con anterioridad»), algo que otros asistentes o autores remarcan como el hito más importante (que no el único) del Congreso de Múnich. Siguiendo esa misma línea, diferente a la trazada por otros opositores españoles,

68. Satrústegui, Joaquín (dir.): *Cuando la Transición...* op. cit., 53 y 227-228.

69. Véase nota 55.

70. Satrústegui, Joaquín (dir.): *Cuando la Transición...* op. cit., 45 y 234.

71. Franco reaccionó suspendiendo el artículo 14 del Fuero de los Españoles (que otorgaba la libertad de fijación de residencia) y detuvo e interrogó a muchos miembros de asociaciones europeístas que, además, «tuvieron que pagar elevadas multas o se vieron privados de sus pasaportes». La propia AECE lo sufrió de primera mano, sin llegar a ser ilegalizada o perseguida, sí que recibió «amenazas y presiones» por parte de las autoridades, que dificultaron su tarea. Además, obligó a los que habían acudido a Múnich a elegir entre el exilio o el confinamiento en Canarias. La represión no se quedó ahí ya que, al mismo tiempo, el aparato de propaganda del régimen no perdió un segundo y, desde el día siguiente de la finalización del Congreso de Múnich, la prensa se lanzó duramente contra todos aquellos que habían participado en el –ya bautizado– Contubernio de Múnich. Cavallaro, *Los orígenes...* op. cit., 208 y 223; Crespo Maclennan, *España en Europa...* op. cit., 104; Álvarez de Miranda, *Del «contubernio»...* op. cit., 34-36. La lista de los confinados y de los nuevos exiliados en Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 15.

72. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 102.

73. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 54.

74. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 76.

Navascués no cree que Múnich fuese el primer paso hacia el establecimiento de la Monarquía parlamentaria en España: el año 1962 quedaba lejos de la Transición y nadie en Múnich se atrevía a afirmar que el sucesor de Franco sería un monarca que apostaría por la democracia y el régimen constitucional.⁷⁵

¿Qué motivó la represión de Franco? El historiador Javier Tusell se inclinaba por la siguiente teoría: Múnich supuso el nacimiento de una nueva oposición joven, europeísta y que, por fin, había logrado un éxito, al menos relativo. Relativo porque, como explicaba el mismo profesor, la reunión fue un fracaso en el tiempo inmediato (algo obvio debido al aparato del régimen) pero un éxito a largo plazo (ya que mucho de lo acordado en Múnich sirvió de base o reapareció en la Transición).⁷⁶ En este punto habría que ampliar la visión del autor ya que, en opinión de otros participantes de Múnich, lo que realmente inquietó –cuando no asustó– a Franco fue la superación de la Guerra Civil, ver cómo los vencedores y los vencidos, se daban la mano, olvidaban el pasado y se unían en un frente común contra la dictadura y el totalitarismo. El propio Tusell cita a Gil Robles: «Para Franco no hay mayor peligro que la debilitación del recuerdo de la guerra civil, este sigue siendo muy vivo en el espíritu de cuantos conocieron la tragedia, y en la ocasión actual el Gobierno ha sabido explotarlo a fondo».⁷⁷

Ahí se ve el temor de Franco y una posible explicación (quizás no la única) a su reacción tras la reunión de Múnich: el recuerdo de la Guerra Civil era la clave de su perpetuación en el poder. Si los españoles de uno y otro bando en la contienda se unían, su posición podría tambalearse. Esto lo sabían los opositores desde hacía mucho tiempo y el éxito de Múnich pasa, precisamente, por la unión.

75. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 76.

76. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 37. En esto coincide con Alfonso Prieto: Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 83.

77. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 37. Opinión también compartida por Miralles. Satrústegui, *Cuando la Transición...* op. cit., 51-52.